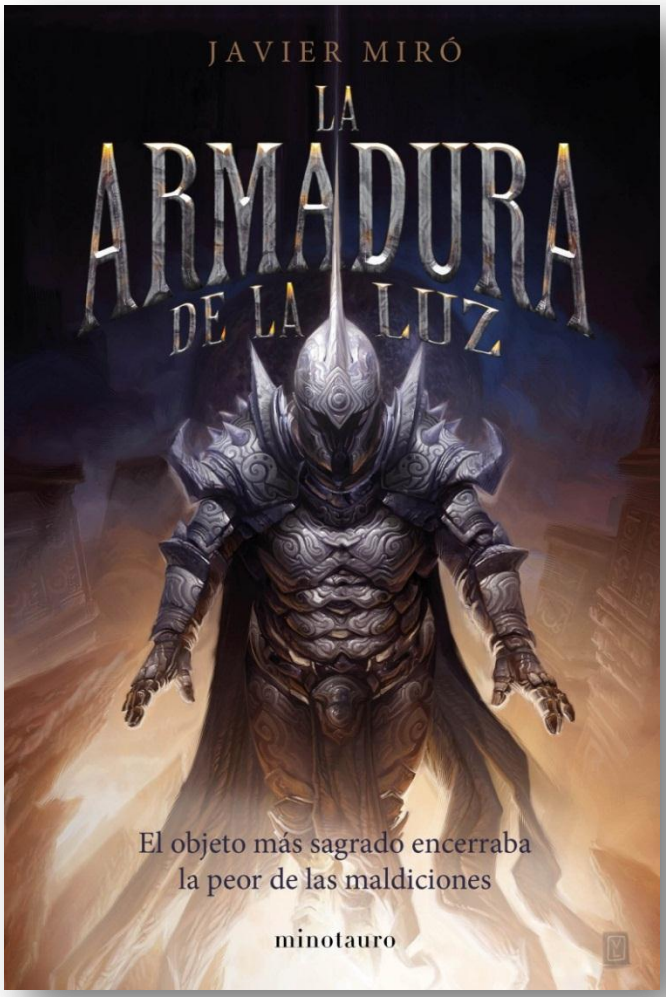
minotauro

A la venta el 11/04/2017

La Armadura de la Luz

Javier Miró

Un regreso a las mejores tradiciones de la fantasía épica. Una novela para aquellos que en su día disfrutaron con Dragonlance o los Reinos Olvidados. Esta novela entronca en la tendencia general de recuperar lo mejor de la fantasía épica que se escribió en los años 80 y 90 del pasado siglo (como lo demuestra el regreso de Tad Williams con su serie Añoranzas y pesares o el éxito de Shannara). Vivimos una "vuelta a lo esencial".



El objeto más sagrado encerraba la peor de las maldiciones

Por un giro del destino, Iviqi y Jax, dos aventureros de poca monta, llegan a la importante ciudad portuaria de Melay, donde va a tener lugar un torneo de Jhassai, el ancestral arte de la lucha. Sin pretenderlo, Iviqi y Jax se verán envueltos en las intrigas de los distintos y misteriosos bandos que conspiran por hacerse a cualquier precio con el premio del torneo: la legendaria Armadura de la Luz, un artefacto del que se dice que puede otorgar a su poseedor el poder de un dios. Lo que tal vez nadie sospecha es la espantosa maldición que esta armadura arrastra consigo, y que podría significar el fin del mundo.

«La Armadura levitaba frente a él, grácil, hermosa, como suspendida por un hilo invisible. Brillaba en paz, blanca como un copo de nieve, ligera, pura, fulgurante. Al contemplarla, ya no hubo lugar para la pesadumbre ni la ira en el corazón de Inaat.»

Javier Miró (Sevilla, 1981) es licenciado en Historia y desde 2013 se dedica a tiempo completo a su pasión, las letras. Es fundador y director de la web especializada en literatura independiente Libros Prohibidos. También asesora literariamente a nuevos autores a través de la agencia editorial que dirige, Autorquía, y de su canal de YouTube: «Javier Miró, Recursos para escritores». En 2014 publicó *Rebelión 20.06.19* (Triskel Ediciones), su primera incursión en el género de la ciencia ficción especulativa. ***La Armadura de la Luz*** es su segunda novela.

Fotografía del autor: ©Julia Schell

Más información en:

Facebook: @javiermiroescritor

Twitter: @Javier_MirO

Web: www.javiermiro.es

Conoce a los protagonistas, Iviqi y Jax, dos aventureros de poca monta:

«Iviqi iba justo detrás de él, en la grupa, compartiendo montura como si se tratase de su hija pequeña. Esta disposición, que a muchos les podría parecer tierna, a otros interesante y a algunos tal vez divertida, a él le mortificaba. Jax había propuesto no despilfarrar el metal en jugar y beber, señalando que tenía los pies destrozados de ir siempre caminando a todas partes y que prefería comprar un par de caballos para el viaje. Además, le hacía ilusión atravesar el arco de las ciudades montado, como los señores de la guerra, cosa que no hacía desde que había dejado de servir en el ejército de su tío. Pese a que no era la primera opción de la chica, ella había accedido. Sin duda, las discusiones eran menos discusiones cuando la bolsa estaba llena. Compraron una pareja de corceles, famélicos y sucios, viejos como el mundo, pero no demasiado caros. Esta acertada decisión respaldó la autoridad de Jax, pero no fue más que un espejismo.

Yendo de camino a Melay, habían encontrado una diminuta aldea costera en la que vieron bien hacer noche. Allí, siendo incapaz de resistirse a la tentación de visitar la única taberna, y bajo solemne promesa de tomar solo una cerveza, —«mojarse los labios», creía que había sido la expresión usada—, la chica volvió a meterse en problemas. De alguna forma aún por determinar, Iviqi se dejó provocar por un charlatán que la estaba desplumando de la forma más burda. Este la retó a acertar con

su daga en el aire al naipe que él eligiera. Jax sabía que ella era capaz de obrar maravillas como esa, pero no se hallaba presente para recordarle que estaba tan borracha que apenas lograba sacar el cuchillo de la funda. Para cuando llegó, ella ya había perdido el caballo, pero al menos la pudo detener cuando amenazaba con apostarse los pantalones. Abucheado por los asistentes, Jax consiguió sacarla de allí. Luego le recriminó con furia su comportamiento, le dijo que era la última vez que la sacaba de esos apuros; que como siguiera así, la iba a dejar sola, y muchas otras cosas más. La amenaza surtió efecto gracias, entre otras cosas, a que ella se encontraba en mitad de ninguna parte, sin blanca y sin forma de escapar.

Y he ahí el motivo por el que compartían montura. El mercenario suspiró. Su compañera lo desconcertaba. Lo cierto era que había tenido esperanzas de que la situación cambiase entre ellos dos a partir del momento en que ella le pidió que le enseñara a usar la espada. Bueno, el cuchillo largo que ella decía que era su espada. El mercenario había pensado que ese sería el punto de arranque de su nueva relación, una relación basada en el respeto hacia él como el guerrero más experimentado y de mayor edad. Además, él era hombre. ¿No se suponía que las mujeres debían atender las indicaciones de los hombres? Por un rato había parecido que así iba a ser, pero pronto había vuelto a la cruda realidad: la chica seguía tan indomable como de costumbre.»

***La Armadura de la Luz*, de Javier Miró (pág. 42-43)**

Para más información y concertar entrevistas con el autor:

Anna Portabella
93 492 89 61
aportabella@planeta.es

Natalia Morales
93 492 87 52
especializadas@colaborador.planeta.es